*discreto*, al desvergonzado *despejado*, etc. Como esto es bautizar con nombre de virtud lo que es manifiestamente vicioso, y sale ya de los límites de la urbanidad, no debe considerarse como eufonismo, sino como adulacion ó lisonja, ó como ironía las mas veces.

Tambien suele servir el eufonismo en el nombrar las partes vergonzosas del cuerpo, sus usos y necesidades, encubriendo con honesto velo la indecencia ó fealdad de sus nombres propios. Así llamamos *embarazada ó en cinta* á la muger preñada; *dar á luz ó alumbrar*, al parir; y *alumbramiento* al parto; *achaque* á la menstruacion; *garganta ó pechos* á las tetas; *ya es muger* á tener la regla; *tener un desliz, un tropiezo*, por no decir claramente su flaqueza: llamamos *fragilidad* al pecado de sensualidad en el hombre y en la muger. Siguiendo este órden por partes y sexos, se podria formar un largo vocabulario metáforico-urbano, que enseñaría el lenguage de la buena crianza.

Por *eufonismo* decimos en español cosas, que de su naturaleza son malas ó grandes, con el término de *buenas*, como: *Juan recibió una buena cuchillada*, esto es, grande; *tiene, una buena deuda*, es decir, grande: *¡Qué buen dia le espera!*; esto es, que malo!

## §. II.

## TROPOS DE SENTENCIA.

### *Alegoría.*

La palabra *alegoría* se compone de las voces griegas *all*, otro; y *agora*, discurso: y así significaba entre los antiguos un discurso que al principio se presenta en un sentido propio, distinto del que se quiere dar á entender, y sirve al fin de comparacion para la inteligencia de este sentido que estaba oculto. Lo que constituye esencialmente la *alegoría* es que aquello que al parecer dice, jamas es lo que quiere decir: nos presenta un objeto, y es otro á donde se endereza.



Como la *alegoría* sea una continuada metáfora, algunos retóricos la han colocado en el número de los *tropos*, y otros entre las figuras de sentencia, y no con poca razon, porque no es mudanza de una simple palabra, sino de todo el sentido de la oracion, y tambien porque en la *alegoría* las palabras á veces son propias, á veces metafóricas, y pierde la naturaleza de tropo en uno y otro caso, porque componen un discurso entero y perfecto.

Hay frases alegóricas, breves y rápidas, que circunscriben la sentencia metafórica á un corto espacio; y éstas pueden ocupar lugar entre los tropos de pensamiento. Pero la composicion y sentido de la alegoría pura y mista, y la de sus anexos los enigmas, los apólogos, las parábolas, los emblemas, y los proverbios, pertenecen á las figuras de sentencia. Y así se trasladan al fin de ellas.

### *Ironía.*

Por medio de la *ironía* damos á entender lo contrario de lo que decimos; y á este fin nos servimos de términos enagenados de su sentido propio y literal. Si quiero decir con disimulo de uno que es un mal poeta, le llamaré *otro Virgilio*; y á un cobarde, *otro Cid*.

Las ideas accesorias son de un grande uso para conocer la *ironía:* el tono de voz del que habla, y mucho mas el conocimiento del demérito y circunstancias de la persona de quien se habla, sirven para interpretar el sentido irónico, mejor que las mismas palabras de que se compone. Se dice vulgarmente, pero digno de citarse aquí el egemplo por su socarrona pregunta, cuando se quiere hacer burla de un baladron. *¿Donde entierra V.ª?* como si le dijéramos ¿donde tiene V.ª el cementerio para tantos hombres como mata?

En la oracion contra L. Pison, que vendia por moderacion y desapego á los honores el no haber triunfado de Macedonia, habla así Ciseron *¡Qué infeliz es Pompeyo por no haberse aprovechado de tu consejo! ¡O que mal ha hecho en no haber abrazado tu filosofía, pues ha cometido la locura de triunfar tres veces! Yo me avergüenzo, ¡ó Craso! de tu ardiente ambicion hasta hacerte decretar por el Senado la corona laureada, despues que concluiste la mas horrorosa guerra. ¡O necios Camilos, Cúrios, Fabricios! ¡O insensato Paulo! ¡O rústico Mario!* Esta es una perfecta ironía, no simple, sino compuesta de muchos egemplos y comparaciones que repiten la misma idea.

Para templar la acrimónia de las palabras, y disfrazar la mordacidad que encierra la filosofía de este lenguage, se requiere el uso de una donosa naturalidad, cierta facilidad y discrecion graciosa, para sazonarlo todo con una urbana familiaridad.

La manera de hablar anfibólogica ó ambigua que puede aplicarse á sentidos diferentes, si se usa de propósito y es breve, suele agradar, como



lo que Anibal respondió al rey Antíoco cuando quiso que viese la gente que tenia á punto contra los romanos, muy ricamente armada y ataviada de oro y plata. Acabada la revista, le pregunta Antíoco: *¿bastarán estos para los romanos?* y el Cartagines le responde: *paréceme que sí, aunque sean muy codiciosos.*

### *Sarcasmo.*

Es una amarga irrision, y sangrienta ironía con que insultamos á nuestros contrarios; para la que nos valemos de las palabras mas acerbas, y llenas de desprecio y contumelia. Así como para dar alma á la ironía es necesaria cierta modificacion en la voz del que habla; de la misma suerte en el sarcasmo debe acompañar el gesto y el tono para formar un todo de espresion mas vehemente.

El Evangelio de San Mateo nos ofrece un horroroso egemplo de este tropo, cuando, al morir nuestro Redentor nos esplica los insultos que recibia por parte de los pérfidos Judíos, pintandonos con tanta naturalidad como viveza el modo burlador de que usaban meneando las cabezas. *Eh!*, le decian con irrisoria impiedad, *tú que destruyes el templo de Dios, y le reedificas en tres dias, sálvate ahora á ti mismo: si eres hijo de Dios, baja.... baja de la cruz.... ¡Salvaba á los demas, y no puede salvarse á sí mismo!*

Así hablaba Turno insultando con sarcasmo á un Troyano á quien acababa de dar la muerte: *Helos aquí ¡ó Troyano! mide ahora echado los campos, y la Hesperia que pretendiste conquistar. Estos premios tengo reservados para los que me provocan con las armas: de esta manera edifican sus nuevas poblaciones.*

Este modo de decir debe usarse con mucha parsimonia, y aun solamente en casos estraordinarios, en quienes la naturaleza del asunto sea suficiente para templar, ó justificar la amargura que en sí encierra.

### *Perifrasis.*

Así como la *frase* es aquella espresion ó modo de hablar con cierta trabazon de palabras que forma un sentido acabado ó no acabado; la *perifrasis ó circumlocucion*, es la aglomeracion de muchas voces que espresan lo que se podria decir con menos, ó con una sola.

Sirve grandemente la perifrasis cuando, en lugar de nombrar una persona, la señalamos de un modo indirecto con algun accidente histórico, tomado de su vida, origen, proezas, ó muerte; como: *El vencedor de Dario* por Alejandro: el *conquistador de Mégico* por Cortés: *el Apóstol de las gentes* por San Pablo: *el príncipe de las tinieblas* por Luzbel: *el Apóstol de Valencia* por San Vicente Ferrer: *el hijo alado de Venus* por Cupido: *el padre de los creyentes* por Abraham: *el padre de la medicina* por Hipócrates, etc.

Dícese tambien, cuando se quiere hacer mas adornada, y sublime la oracion, *el reino del espanto* en vez del infierno; ó el *eterno abismo*, si no queremos una espresion tan poética. Decimos así mismo: *el fiero estruendo de Marte*, en lugar de la artillería.

Nos servimos de esta figura, unas veces para no ofender el pudor, disfrazando la torpeza ó poca decencia de una accion, como en este caso: *el inportuno triunfó de su resistencia*, por no decir, *la violó*. Otras veces, para no herir el amor propio del oyente, se suaviza la dureza de la proposicion que cede en demasiada alabanza del que habla. Entónces dicta la modestia que se use de un ingenioso rodeo, como el del célebre príncipe de Orange cuando preguntado por una señora ¿cual era el primer capitan de su tiempo? respondió: *el Marques de Espinola es el segundo*, por no decir que él era el primero. — De Carlos XII. de Suecia, á quien han querido algunos comparar con Alejandro Magno, dice un historiador: *Carlos no fué Alejandro; pero hubiera sido el mejor soldado de Alejandro*; por no decir, que poseia solo el valor personal.



Aquí tiene su lugar la figura *Litóte*, por la cual se dice lo ménos para hacer entender lo mas, como en esta espresion. *Este asunto pedia otra pluma*, por decir que no está bien tratado: *El héroe era digno de otro panegirista*, es decir, de un orador mas elocuente. Decimos tambien, para disfrazar la idea, y suavizar lo duro de la palabra: *Dió fin á sus dias*, en vez de decir, *se mató*.

Se corrige y templa con estos rodeos la arrogancia ó fuerza de la espresion directa, como cuando decimos: *habló con no poca osadía: obró con no mucha razon*, por no decir claramente con mucha osadia, y con poca razon. *No tiene todo lo de Salomon*, oí decir una vez con mucha gracia y novedad á uno, por no llamar á otro tonto. Vulgarmente se dice de un hombre de corto talento: *N. no es el que inventó la pólvora*. Se dice de un mezquino y agarrado: *no lo echa por la ventana*, por no llamarle lo que es. Tambien se dice con gracioso disimulo: *enseñarle*

*á uno la puerta de la calle*, por no decir secamente, echarle de la casa.

Sirve tambien la *perifrasis* para ilustrar lo oscuro y hacer perceptibles las palabras abstractas; á cuyo fin son de un gran uso las difiniciones metáforicas, que pueden ser consideradas como verdaderas perífrasis. Así, en vez de decir la *posteridad*, la nombra un autor con esta amplificacion: *la que juzga en el sepulcro á los sabios y á los reyes, y pone á cada cual en su lugar.*

A esta segunda especie pertenece la *paráfrasis*, que es tanto como glosa ó comentario de la proposicion; porque, volviendo el autor á tomar la sentencia, se dilata y esplica su mente añadiendo alguna reflexion, circunstancia ó ilacion, que ilustre mas la materia. La *paráfrasis* aclara y desentraña el primer pensamiento, acompañándole con otros; y la *perifrasis* sustituye solamente una palabra ó una frase, sin alterar la sustancia.

Es muy noble y delicado este modo oratorio de amplificar y esclarecer un pensamiento, sin las formas y sequedad escolásticas, que reprueba el buen gusto. De cierto filósofo insigne dice un autor: *fué discipulo de Descartes como Aristóteles lo habia sido de Platon, añadiendo sus ideas á las del Maestro.* Esta última cláusula es la paráfrasis, porque esplica el sentido en que se considera aquí el discipulado de Aristóteles.—En otra parte dice otro escritor, hablando del favor que recibian las letras entre los antiguos: *Los protectores se bajaban á igualarse con los protegidos; y Horacio escribia á Mecenas, que es decir, al mayor grande del mayor imperio.* La distancia de Horacio á Mecenas no seria bien conocida y ponderada si faltase la última cláusula, que cometa por desemejanza á los dos antecedentes. De un personage que habia llegado á la cumbre de la fortuna, dice otro escritor: *Colmado de riquezas y honores, se hallaba cada dia mas infeliz: sentia que al hombre que ya no espera ni desea, le es muy pesada la vida.*



Volvamos á los diferentes usos de la *perifrasis.* Nos servimos ultimamente de este *tropo* para ornato, realce, y lumbre de la oracion, para lo cual contribuyen no poco, como queda dicho mas arriba, las descripciones figuradas, que presentan el pensamiento con variedad y hermosura de colores que recrean á la imaginacion. Para no decir sencillamente *nace el sol precedido del alba, que disipa las tinieblas y alegra á todas las criaturas*, trasforma un ingenioso escritor esta magnífica, pero comun idea con mayor magnificencia y vivo colorido, de esta manera: *Ya vienen anunciando su próxima llegada rayos de fuego que envia de mensageros. El incendio crece, el oriente se viste de llamas, y los melodiosos coros de las avecillas con no aprendido canto saludan su deseada venida. Dóranse las cumbres de los montes, y las eminentes copas de los árboles empiezan á brillar. Un punto resplandeciente asoma, y corre toda la haz del horizonte, rasga y roba el manto á la noche, y llena de luz todo el espacio. Entonces la naturaleza toda abre los ojos para ver al padre de la vida.* Para no nombrar sencilla y absolutamente la *lengua griega*, dice cierto autor con este noble circunloquio: *aquella lengua con que Homero hizo hablar á los dioses, y Platon á la sabiduría.*

Hemos de convenir despues de todo, en que la *perifrasis* es ociosa si no comunica á la oracion

mas energía y lustre; es inútil, si no presenta alguna circunstancia nueva para cubrir lo comun ú oscuro de la frase; finalmente es viciosa, cuando es tenebrosa ó muy hinchada, ó sutil, y no sirve para claridad ni para ornato.

Despues de una espresion viva, ilustre, y sólida, es la *perífrasis* una vana pompa y estéril abundancia. Cuando nuestro entendimiento está impresionado de una idea felizmente espresada, no gusta de hallarla otra vez con otro trage mas rico, pero menos noble y hermoso. Quejándose el padre de los tres Horacios de la huida de su hijo en la tragedia de..... le pregunta Julia *¿qué querias que hiciese contra tres? Morir*, responde el padre, *ó buscar en la desesperacion la última fortuna.* El autor de este pasage, despues que le hizo decir *morir*, debia haber cerrado el pensamiento, arrojando la pluma, con esta sublime y breve respuesta, y no añadirle la última frase que le quita el énfasis y la valentía.

### *Hipérbole.*

Cuando estamos vivamente penetrados de una idea, y los términos comunes nos parecen caidos para levantar el espíritu de la espresion correspondiente, nos servimos de palabras que, literalmente tomadas, pasan mas allá de la verdad, y representan lo mas, ó lo menos, para significar algun esceso, así en lo grande como en lo pequeño.

El oyente rebaja de la espresion hiperbólica lo que es menester rebajar, formándose una idea mas conforme á la nuestra que la que podríamos escitarle con las palabras propias. Así pues, para dar á entender la gran ligereza de un caballo, se dice, *es un viento, ó se come la tierra.* Tambien



se dice de una persona muy lenta en su andar, que *tiene pies de plomo:* y aun es mas encarecida y animada esta misma idea con esta figurada, peregrina, y culta frase de un autor nuestro: *camina sobre los pies de la pereza misma.* Nada de esto es verdad; pero por medio de una comparacion implícita conocemos el grado sumo á que llega la velocidad del animal, y la torpeza del hombre.

Muchos hipérboles se leen en la sagrada Escritura, como en el Exodo (cap. 3.) donde dice: *Yo os daré una tierra por donde correrán arroyos de leche y miel*, por decir una tierra fertilísima. En el Génesis: *Yo multiplicaré tus hijos como los granos del polvo de la tierra*, en lugar de tendrás una muy numerosa y dilatada prole. Leemos en el Salmo 35: *Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con la abundancia de los bienes de vuestra casa; y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites.* ¿Con qué otras palabras se podria significar mejor la grandeza de estos deleites, y la fuerza de sus efectos que con las de arroyo arrebatado, y de embriaguez?

Entre otras terribles y espantosas amenazas que leemos en el Deuteronómio contra los quebrantadores de la ley, habla Dios así: *Enviaré contra vosotros egércitos de enemigos, que cercarán vuestras ciudades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada, que no se podia tener en los pies por su gran delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre, y las heces en que salió envuelta la criatura, y esto á escondidas de su marido, por no darle parte de ellas.* ¡Qué terrible exageracion de la grandeza del

hambre por el contraste de la delicadeza de una dama y de regalado paladar con lo asqueroso y horroroso de la comida! Y ¡cómo se acrecienta aun esta contraposicion pintando tan fino y blando el cuerpo de la dama, que no podia tenerse en pie, que es otro hipérbole!

De cuatro modos se puede aumentar una cosa por el hipérbole: 1.° por demostracion, como: *Pedro es un Ciceron*: 2.° por semejanza: *Pedro es como un Ciceron*: 3.° por comparacion: *Pedro es mas que Ciceron*: 4.° tomando el abstracto por el concreto: *Pedro es la misma elocuencia.* Y aun por otros términos de encarecimiento que no se pueden reducir á formas determinadas, reluce la valentía del hipérbole; como en estos breves egemplos del estilo conciso: por *los siglos de los siglos*, por decir tiempo sin fin, ó la eternidad: *está en los huesos*, por está muy flaco: *no tiene sobre que caerse muerto*, por anda desnudo, es decir, miserablemente vestido: *es la necesidad en pié*, hablando de un pobre necesitado: *huye de su sombra*; hablando de uno muy cobarde: *jugarse el sol antes que nazca*, para ponderar el último estremo del vicio en un jugador: *tomar el cielo con las manos*, para ponderar con esta demostracion esterior de un deseo vehementísimo, manifestado vanamente con la accion de los brazos, el enfado ó enojo de alguno por algun mal suceso ó mala noticia. Decimos tambien familiarmente, pero con mucha energía: *comerse los codos de hambre*, para ponderar, por la dificultad ó imposibilidad de llegar á ellos con los dientes, el apuro último de aquella necesidad.

Véase como con oracion mas rotunda y galana un historiador moderno pinta y engrandece la



Grecia para engrandecer á Corinto: *Corinto, llave que abria y cerraba el Peloponeso, era la ciudad de mayor importancia en el tiempo en que la Grecia era un mundo, y sus ciudades naciones.*—Para ponderar la rapidez de las conquistas de Alejandro Magno, dice otro historiador: *Fueron tan rápidas, que el imperio del Asia pareció mas bien galardon de la carrera, como en los juegos Olímpicos, que fruto de la victoria.*—Hablando de los célebres artistas griegos, dice otro elocuente escritor, para ponderar su escelencia: *Atenas produjo entonces los Fidias y los Praxitéles, de cuyos cincéles salieron dioses capaces de hacer, en algun modo, disculpable la idolatría de los atenienses.*

Dice con mucha gracia y novedad nuestro Lorenzo Gracian hablando del genio guerrero de Carlos V.: *Las conquistas de Africa eran sus vacaciones de Europa.* ¡Qué grandeza, por su contraste, da al pensamiento la palabra comun *vacaciones*! El mismo escritor dice, hablando de la fortuna de Fernando el católico: *Empezó por rey de Sicilia, ilustre agüero de su gran cosecha de coronas.* ¡Qué feliz, y juntamente qué osada eleccion de una voz tan ordinaria como *cosecha* para formar una imágen tan estraordinaria como la de las coronas de Aragon, Castilla, Navarra, Nápoles y Cerdeña que ciñeron despues sus sienes! Hablando del descubrimiento de las indias, cuyos dominios se unieron á España en su reinado, prosigue: *Juntó muchas coronas en una; y no bastándole á su grandeza un mundo, su dicha y su capacidad le descubrieron otro.* Aquí se forma la exageracion (sin contar la magnitud de la lisonja) de la grandeza que encierra en sí la pala-

bra *mundo*, aumentada con la repeticion de *otro mundo*, que no existe, pudiendo haber dicho un emisferio y otro, que es lo que quieren significar impropiamente los dos mundos. Pero no se estenderia tanto nuestra imaginacion con la verdad cosmográfica, si así se puede llamar, de los dos emisferios, que componen dos mitades de un todo, como con la imágen ideal de dos todos, esto es, de dos mundos. Es mas poética esta ponderacion en cuanto es mas nueva, y salida del abuso mismo de la palabra *mundo* para significar el orbe terráqueo y de la otra *nuevo mundo* aplicada á la América despues de su descubrimiento; siendo así que el nuevo y el antiguo reducidos á su verdadero término y natural acepcion geográfica, componen lo que llamamos propiamente la redondez de la tierra.

Por comparaciones contrastadas se realza grandemente el pensamiento, como en estas: *Fué Neron anfibio entre hombre y fiera; pero Eliogábalo, aun de bruto degeneró.* Al uno, por gracia, se le pinta monstruo entre dos naturalezas; pero al otro se le niegan ambas.

Pero son impropios y viciosos en la oratoria aquellos hipérboles que, pasando de lo verosímil, suben hasta lo imposible. Estos nunca dicen lo que son las cosas; mas ni lo que pudieran ser. Estas exorbitantes ponderaciones son mas permitidas á la fantasía poética, que suele alguna vez sacar de sus quicios á la naturaleza, como la de aquel que dijo.

*Al pie de una corriente*
*Lloraba Galatéa*
*De sus divinos ojos*
*Por lágrimas estrellas.*



Esta última espresion es afectada y repugnante á la verdadera elocuencia, donde la grandeza ó importancia de los asuntos dictan al orador pensamientos grandes, pero naturales.

Léase este epitafio que estampó otro poeta en memoria y elogio de Carlos V.

*Por túmulo todo el mundo,*
*Por luto el cielo, por bellas*
*Antorchas pon las estrellas,*
*Y por llanto el mar profundo.*

En esta alegórica y artística composicion se descubre un violentísimo esfuerzo para juntar en la imaginacion distancias tan enormes, y estremos tan repugnantes á la verosimilitud, y aun á la comprension humana. De estos encarecimientos, no digo gigantescos, no colosales, sino inmensurables, se formó el lenguage de los enamorados, esclavos, y aduladores. La espresion del orador en un asunto alto puede ser alta; mas no tanto que se pierda de vista. Son mas tolerables aquellos términos hiperbólicos que, por una especie de gradacion, van levantando el pensamiento, sin dejar aquellos inmensos intervalos que corren las imaginaciones desenfrenadas. De este género de vicio adolece esta espresion de Gracian, cuando á la vista de un hombre venerable, de pelo y barba blanca, dijo Critílo: *Este vendrá de alguna comunidad, donde sacarán canas á un embrion.* Esta exageracion sale de los límites de lo verosímil, y aun de la analogía. El autor no quiso aguardar que naciese el feto para que entrase á padecer en este mundo. Y aun recien nacido ¿podrá ser individuo de una comunidad, para padecer sinsabores y contradicciones de los hombres?

Al *hipérbole* pertenece la *Auxesis* ó incremento, que es un hipérbole fino, cuando por causa de amplificar ó engrandecer una cosa, en lugar de la voz propia ponemos otra mas cruel y terrible, diciendo, por egemplo, *muerto* al herido; *y sin alma* al lastimado de dolor.

Débese atender hasta que grado puede subir el hipérbole, porque muchas veces por querer levantarle sin término, destruimos su fuerza; y alguna vez resulta un efecto contrario al que se busca. Respecto de los hipérboles se ha de observar tambien lo que se aplica á las demas figuras en general, que aquellas son mas hermosas, que estan mas ocultas, y que no se toman por tales. El hipérbole debe nacer de la pasion provocada de alguna gran circunstancia, como, por egemplo, lo que dice Herodoto de aquellos espartanos que murieron en Termópilas. *Se defendieron* (dice) *hasta que los bárbaros los sepultaron debajo de sus dardos.* Está bien exagerada la multitud inmensa de dardos, y no deja de ser verosímil el caso, porque la espresion hipérbolica con que se pinta parece nacida del asunto mismo. Este pensamiento pasa de los límites de la verosimilitud, y cae en ridícula afectacion cuando, hablando de la batalla de las Navas, dice un autor nuestro del siglo del mal gusto; *Las flechas arrojadas encubrian el sol, y se creyó que le apagaban.*

Entre los hipérboles descomunales y ridículos se deben contar aquellas frases fanfarronas, tan vanas y falsas como la realidad de la idea, segun se verá en el siguiente egemplo que lo puede ser de hinchazon y bizarría metafórica. El autor del referido siglo, hablando con el Rey de España, y



este era Carlos II, le dice: *Los bagcles de V. M. abollando á Neptuno su variable espalda, darán ley á los vientos y á las olas; y si alguna vez se rizaren sus espumas, se les dará licencia para ser hermosas, pero no crueles.*

### *Silepsis.*

La *silepsis* oratoria es una especie de metáfora ó comparacion, por la cual una misma palabra recibe dos acepciones en la misma frase, una en sentido propio, y otra en el figurado. Un autor, para esplicar que Pirro, principal motor del incendio de Troya, ardía en amor de Andrómaca, dice: *Ardía con mas llamas que las que habia encendido.* Aquí la palabra *ardia* tiene el sentido propio con respecto á Troya, y el figurado con respecto á Pirro.

Corresponde tambien á este género de traslacion, cuando una misma frase es dos veces figurada, á saber, cuando en el primer sentido pertenece á un *tropo*, y en el segundo á otro. Leemos, por egemplo, en estilo místico: *Es necesario mortificar la carne.* En esta oracion la *carne* se toma por el cuerpo humano, esto es, la materia por la obra; y *mortificar* es palabra metafórica, que aquí significa abstenerse de todo deleite sensual.

## ARTICULO III.

### DE LAS FIGURAS RETÓRICAS.

Aunque es cosa muy comun y frecuente en el lenguage ordinario del hombre civil el uso de